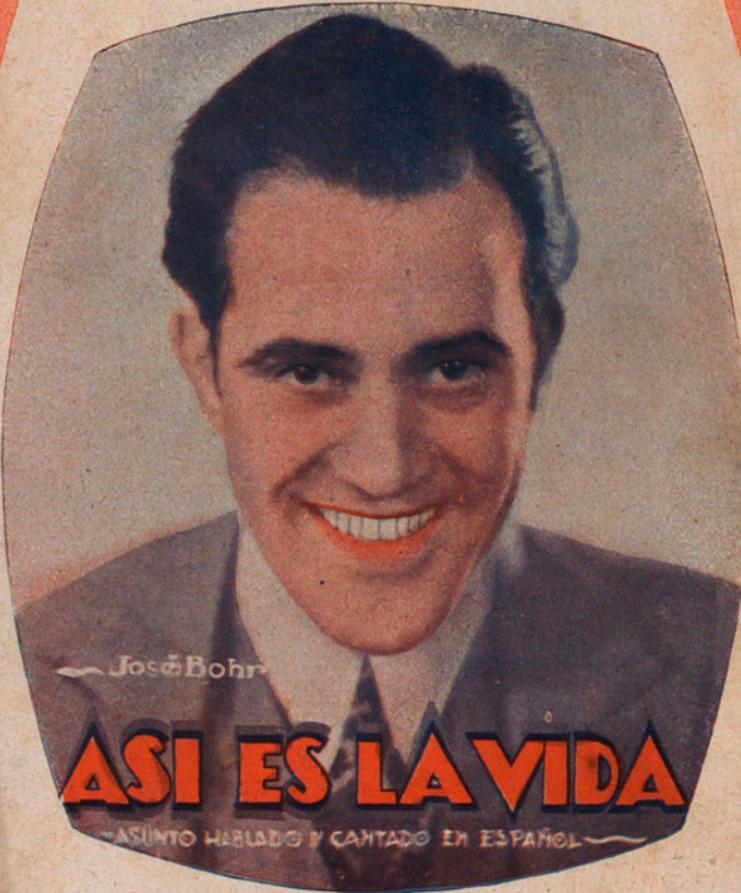


LOS GRANDES FILMS
mudos y sonoros



José Bohr

ASÍ ES LA VIDA

ASUNTO HABLADO Y CANTADO EN ESPAÑOL

50
cts

¡ASÍ ES LA VIDA!

Los Grandes Films

Mudos y Sonoros

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18551

¡Así es la vida!

Interesante asunto, totalmente hablado
en español, del que es protagonista
el celebrado cantor argentino

José Bohr,
secundado por notables artistas.



Exclusiva de

L. Gaumont

Paseo de Gracia, 66

BARCELONA

Prohibida la
reproducción

¡Así es la vida!

Argumento de la película

I

—¿Qué sucede, Jaime?

—Una “panne”, señora. Voy a revisar el motor.

Descendió el chofer del magnífico seis cilindros y levantó la tapa que cubría el motor. Un buen rato estuvo mirando y remirando el complicado laberinto de piezas que forma un motor de un coche moderno, sin dar, al parecer, con la causa de aquella súbita avería que había detenido al

vehículo en plena carretera a muchos kilómetros de la ciudad.

Un solo pasajero ocupaba el coche: una dama, la señora Franklyn, cuyo aspecto hacía adivinar, a pesar de su excelente conservación, que doblaba ya la curva descendente de la segunda juventud. Esbelta, sin embargo, vestida con elegancia un poco exagerada, al "dernier cri", y maquillada perfectamente. Bajo una luz discreta—la señora Franklyn tenía buen cuidado de buscar en salones y teatros los rincones penumbrerosos—sus años se reducían considerablemente; pero ahora, en la carretera a la luz descarada del sol, que quemaba o derretía sus afeites, aparecía en su verdadera edad. Por eso, tal vez, sentía impaciencia por alejarse de allí, y una y otra vez consultaba su reloj, como extrañada de que el tiempo no corriese más de prisa.

—¿Está eso arreglado, Jaime?

—No, señora; todavía no.

—Pero, ¿cuándo va a estar?

—Si la señora quiere tener un poco de paciencia, antes de cinco minutos habremos reanudado la marcha. La avería no tiene importancia.

La señora Franklyn se puso a dar golpecitos nerviosos con el pie en el piso del coche. El sol apretaba de firme. ¡Y ni un auto, ni una persona a quien pedir ayuda!...

De pronto se oyó a lo lejos una voz masculina, que cantaba una canción de amor, en la que jugaban el principal papel unos ojos negros como "noches de ensoñación", según el refrán de la copla. La voz se fué acercando. Era una voz pura de barítono, que tenía a veces dulces y delicadas inflexiones. Y un hombre apareció en la carretera.

Era joven y de buen tipo, pero vestido pobremente y ostentando una barba de ocho días. A la espalda llevaba un lío, seguramente de ropa. Se acercó al chofer y le ofreció galantemente su ayuda. Pero Jaime, que sin duda se consideraba perteneciente a la aristocracia de la servidumbre, respondió con voz agria, volviéndole la espalda:

—¡No necesito nada! ¡Tendría yo a menos recibir ayuda de un vagabundo!

Por toda respuesta, el desconocido se llevó la mano a la gorra y se inclinó como un abate de Versalles, diciendo sonriente:

—Perdón, Alteza...

Inició el chofer un brusco ademán de ataque; mas lo refrenó rápidamente, pensando tal vez que no valía la pena ensuciar su uniforme. El vagabundo pasó por delante de la señora Franklyn y la saludó con respeto; la dama, entonces, lo llamó con un gesto y le preguntó:

—¿Sería usted capaz de arreglar la avería de este coche?

—¡Ya lo creo, señora! ¡He arreglado otras más difíciles!

—¿Es usted mecánico?

—Mecánico y chofer, señora.

—¿Querría usted, entonces, ayudar a Jaime?

—Lo haría con mucho gusto, señora, pero... me parece que su chofer no quiere admitir ayuda de *va-ga-bun-dos*.

En efecto; Jaime, abandonando las herramientas, se volvió airado a su ama y le dijo:

—¡Así es, señora! ¡Un chofer como yo no desciende a tratar de igual a igual con vagabundos y pordioseros! ¡Si quiere usted que este hombre le arregle la avería, que se la arregle! ¡Yo me marcho!

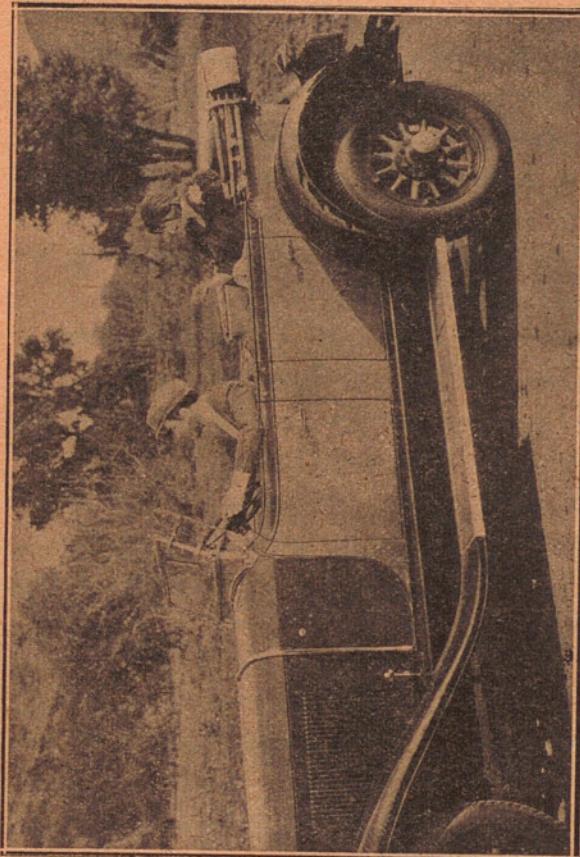
La señora Franklyn no respondió. Ordenó con

un gesto al desconocido que fuese a ocupar el sitio que había abandonado Jaime, y sacando unos billetes del monedero, pagó a éste su salario.

El chofer se perdió a lo lejos, maldic平do maliciosamente, mientras el vagabundo mostraba triunfalmente una horquilla de mujer a la señora Franklyn.

—¡Aquí está la avería! Su chofer debía ser aficionado a las faldas...

Y empuñando el volante con mano maestra, se dirigió hacia la morada de la señora Franklyn, que tan generosamente se había portado con él.



Y empuñando el volante con mano maestra...

II

La mansión de los Franklyn era el perfecto "home" de los anglosajones. Amplia, confortable, decorada con elegancia y con lujo, la rodeaba un parque frondoso y se hallaba situada lo bastante lejos de la ciudad para que a ella no llegasen los mil ruidos urbanos. Esto era lo de menos. Había en el garage de la casa tres o cuatro autos siempre a disposición de sus habitantes.

Eran éstos: la señora Franklyn, a la que ya conocemos; el señor Franklyn, hombre de negocios eternamente ocupado con sus asuntos financieros... o placenteros, ausente a la sazón, y los tres hijos del matrimonio: Blanca, Ricardo y Luisita.

Ricardo era un personaje gris, un muchacho "bien", tipo de serie, igual en todos los climas y en todos los países. Por el contrario, sus hermanas tenían una personalidad fuerte y definida. Blanca, la mayor—dieciocho años—era energética y decidida; un poco despótica, eso sí, quizás por tener muy arraigado en ella el orgullo de casta; en el fondo, romántica. No había amado aún. Los jóvenes que a ella se habían acercado le parecían demasiado frívolos, o demasiado tontos, o demasiado superficiales. Su "ideal" no se había presentado aún, y ni ella misma sabía cómo era su "ideal".

Luisita—catorce años—era una niña ingeniosa, traviesa y buena, cuya única aspiración era llegar a ser mujer, "para tener muchos novios y muchos vestidos".

La tarde del día en que la señora Franklyn se presentó en la casa con el vagabundo en el puesto del chofer, se produjo allí una pequeña revolución. Blanca y su hermano habían intentado en vano hacer comprender a su madre que aquel "sujeto" sin antecedentes, sin documentación, recogido en una carretera, no podía seguir en la casa.

La señora Franklyn se mantuvo firme en sus trece, y ahora los dos hermanos se desquitaban de su fracaso como diplomáticos comentando el hecho a su sabor.

—¡Es incalificable!—decía Blanca—. ¡Mamá se complace en traernos a casa a todos los vagabundos que encuentra por ahí!

—Es verdad—decía su hermano.

—Pero esto no puede seguir, y no seguirá!

—Si papá estuviese aquí, ese hombre ya no estaría en casa.

—Pero ahora no está papá y tenemos que obrar nosotros por nuestra cuenta.

—¿Qué piensas hacer?

—Por de pronto, llamar a mamá y hacerle comprender su equivocación.

—Pero, ¿y si no te hace caso?

—Entonces yo misma despediré a ese aventureño!

Fué llamada por sus hijos la señora Franklyn y se celebró una especie de consejo de familia. Blanca llevaba la voz cantante, pues su hermano se contentaba con ser su eco, y con palabras primero persuasivas, después alteradas, hizo ver a



La señora Franklyn se mantuvo firme en sus trece.

su madre lo "terriblemente comprometido" que era introducir en la casa un individuo de procedencia y antecedentes desconocidos, un "miserable venido de las más bajas capas sociales", que sabe Dios lo que intentaría al verse introducido en aquella mansión de millonarios.

Inútil; todo inútil. La señora Franklyn no dió su brazo a torcer. Habló de su conocimiento de la vida y de los hombres, de su buen golpe de vista para conocer a una persona con sólo mirarla una vez, y de que todo en su protegido pregonaba la honradez y la hombría de bien. Por último agotados todos los razonamientos, hizo observar a sus hijos que ella era la dueña de la casa y que, por serlo, quería y mandaba que el vagabundo siguiese allí.

Había apenas acabado de hablar, cuando se presentó en la habitación Manuel, el mayordomo, flor y nata de los criados de casa grande, y después de solicitar, muy dignamente, la venia para hablar, dijo:

—Siento mucho manifestar a la señora que tendrá que prescindir de mis servicios.

—¿Y eso, Manuel?

—La verdad, señora; yo soy un criado honorable y no puedo vivir bajo el mismo techo que un miserable vagabundo.

—¡Manuel!

—Puede la señora reprenderme, pero no por ello variaré de opinión. Me marcharé dentro de dos semanas, si la señora no dispone otra cosa.

—Como usted quiera, Manuel. Pero creo que hace usted mal al juzgar así a una persona que no conoce.

—¿Que no lo conozco, señora, que no lo conozco? ¡No hay más que verlo! ¡Un vagabundo, un aventurero... algo peor quizás!

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Un ladrón, señora... quiero decir un ladrón! ¡Y tal vez un asesino! ¡Si sigue aquí, una mañana apareceremos todos a-se-si-nados!

Ahogaron un grito de espanto las dos mujeres, y Manuel, satisfecho del efecto que había causado con sus palabras, y más aun con sus gestos expresivos, se retiró tan dignamente como había entrado.

III

Luisita Franklyn estaba inquieta. Había oído fragmentos sueltos de las anteriores conversaciones y se representaba al recién venido como un ogro terrible, como un monstruo sanguinario o como un facineroso de los que asaltan las diligencias en los caminos.

Pero la muchacha era tan energética y decidida como su hermana y no se arredraba fácilmente. Lo primero que se le ocurrió, antes de juzgar, fué ver de cerca al objeto de sus inquietudes y temores, para convencerse si, efectivamente, era un monstruo. Nada más fácil para ella, que era persona de rápidas resoluciones.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, llamó a

la puerta de la habitación del nuevo chofer. Una voz dijo desde dentro:

—¡Adelante!

“La voz no parece de un monstruo”—se dijo para sí Luisita. Y entró. Y quedó gratamente sorprendida. El “monstruo” que ella buscaba era un joven de muy buena presencia, recién afetado, recién peinado, con camisa limpia, zapatos brillantes y pantalón impecable. Estaba el hombre ultimando su “toilette” ante el espejo, utilizando las ropas del antiguo chofer, poco más o menos de su estatura.

—Pero... ¿usted es el... vagabundo?—le preguntó Luisita.

—Así parece, señorita—replicó él riendo.

—Pero, si está usted muy bien!

—Favor que usted me hace, señorita.

—Si mi hermana le viese... Estoy segura que variaría de opinión. Está que trina contra usted. Pero es porque no le conoce. Se cree que es usted uno de esos vagabundos de la calle, feos y sucios.

El nuevo chofer se reía, un poco confuso, sin saber qué decir. Luisita le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?



—Pero... ¿usted es el... vagabundo?

—José Rolan, señorita.

—Pues bien, José... me parece que vamos a ser muy buenos amigos.

Salió la muchacha, esbozando un mohín picaresco, y José Rolan volvió a quedarse solo en su cuarto, frotándose las manos de contento. Sin embargo, no podía cantar victoria aún. Contaba con la simpatía de Luisita, es cierto; pero Luisita era en la casa un personaje insignificante, al que nadie consultaba en los momentos difíciles. Para todos era una niña todavía, con la que se cumplía comprándole unos juguetes y dejándola en libertad para que corriese y saltase a su antojo.

Tras ella estaba la hostilidad de Blanca y su hermano, y estaba también la animosidad de Manuel, el mayordomo, que, según sus propias palabras, no podía vivir bajo el mismo techo que un miserable vagabundo. A decir verdad, no era solamente una cuestión de amor propio lo que impulsaba a Manuel a hablar así; en su inquina contra el recién venido jugaban también un papel importante los celos, pues el mayordomo, ya un poco viejo y un poco calvo, había podido comprobar que Anita, la doncella de la casa, a la que él

amaba platónicamente, reservaba para José sus sonrisas más amables y sus ademanes más voluptuosos.

Antes de decidirse a dar el paso que le cerraría en lo sucesivo las puertas de aquella casa, Manuel había probado varios recursos sin el menor éxito. Había procurado convencer a Anita de que era mucho más sensato aceptar el amor de un hombre serio, correcto y distinguido como él, que entregarse al flirt con un sujeto desconocido, seguramente fichado en el gabinete antropométrico de la policía. Por toda respuesta, la doncella se había reído en sus barbas.

Había tenido una entrevista, nada cordial, con José, en la que el mayordomo trató de hacerle ver la conveniencia de alejarse de allí cuanto antes si quería evitarse males mayores. Por toda respuesta, José Rolan sonreía. Esto enfureció a Manuel, haciéndole perder su dignidad de criado de casa grande y obligándole hasta amenazar al nuevo chofer. Pero el nuevo chofer seguía sonriendo, seguro de sí, y el buen mayordomo comprendió que por aquel camino llevaba las de perder.



...reservaba para José sus sonrisas más amables...

Fué entonces cuando se presentó a la señora Franklyn, anunciándole su decisión de abandonar la casa.

En la salita donde unos momentos antes se había celebrado el pequeño consejo familiar, Blanca y su hermano seguían discutiendo a propósito del intruso, alejada ya su madre, y ambos convinieron en que lo indicado era despedir inmediatamente a aquél hombre, sin esperar siquiera el regreso de su padre. Para no tener tiempo de arrepentirse de su decisión, Blanca ordenó a la doncella que hiciese venir el chofer, y cuando la muchacha hubo salido a cumplimentar la orden, se volvió a su hermano.

—Tú le hablarás, ¿eh?... ¡Pero, mucho energía y las menos palabras posibles!

—Descuida... Ya me conoces.



...la doncella se había reido en sus barbas.

IV

Sonaron unos golpecitos discretos en la puerta de la salita, y un segundo después José Rolan, correcto y hasta elegante en su uniforme de chofer, se presentó, gorra en mano.

Blanca se había sentado en un sillón, de espaldas a la puerta, para "no tener el disgusto de ver a semejante sujeto". Fué su hermano quien salió al encuentro de Rolan, y, como esperaba habérselas con un foragido de siniestra o repugnante catadura, se quedó cohibido en presencia de aquel "gentleman" disfrazado de chofer y se le heló el discurso que llevaba preparado.

Rolan se inclinó ante él y le preguntó:

—¿ Me había mandado llamar el señor ?

—Sí... verá usted... le diré... Pues... se trata de que usted... de que mamá... ¿Usted ya me entiende, verdad?

—Ni una palabra, señor.

Del fondo de la salita de aquel sillón vuelto de espaldas a la puerta, salió una voz femenina: la de Blanca, quien, levantándose, todavía de espaldas a Rolan, dijo vivamente:

—Se trata de que usted no puede...

Se calló de pronto. Acababa de enfrentarse con el chofer y, como su hermano, se quedaba sorprendida, de verle tan joven, tan apuesto y... ¿por qué no decirlo?, tan guapo. Un rato lo estuvo contemplando, olvidada de las palabras que iba a pronunciar. Pero reaccionó. Su amor propio y su orgullo no le permitían ya volverse atrás. Le había dicho a su hermano que despediría al intruso, y lo despediría... ¡No faltaba más!

—Se trata de que usted no puede continuar en esta casa. Mamá es demasiado buena y siente la necesidad de recoger a todos los vagabundos que encuentra en su camino. Y usted comprenderá que nosotros no podemos ver eso con buenos ojos.

—Lo comprendo perfectamente, señorita Blanca.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Manuel me lo ha dicho, señorita.

—Bien. A lo que vamos... Mi hermano y yo queremos que se vaya usted inmediatamente de nuestra casa.

—Perdón, señorita...

—Sí; sé lo que va usted a decir. Nosotros le daremos una indemnización.

—Perdón, señorita; no iba a decir eso...

—¿Entonces?

—Quería decir, solamente, que siento mucho no poder complacerles.

—¿Cómo?

—Su señora mamá fué la que me dió la plaza de chofer en su casa; por lo tanto, sólo ella puede quitármela.

—¡Eso es una insolencia!

—Perdón, señorita; es la verdad nada más.

Evidentemente despechada por aquella resistencia que no esperaba encontrar, Blanca se volvió a su hermano y le dijo en voz baja:

—No, pues yo lo echaré de casa... aunque tenga que recurrir a medios extremos.

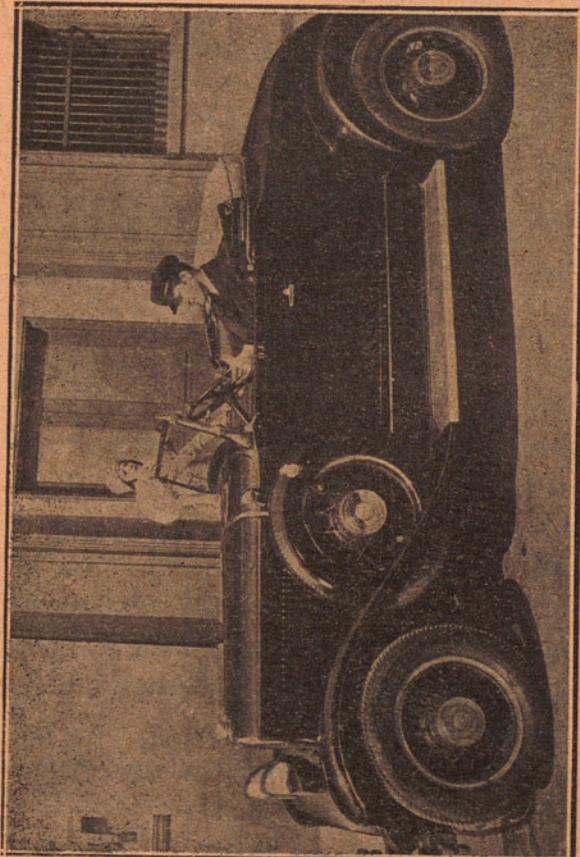
Y dirigiéndose de nuevo a Rolan:

—Prepare usted el coche pequeño. Vamos a salir.

Unos momentos después el coche pequeño, ocupado solamente por Blanca y José Rolan, salía de la mansión de los Franklyn, recorría el largo trozo de carretera, se internaba en la ciudad y, por orden de la joven, se detenía ante una estación de policía.

Blanca se apeó y entró. Un instante después fué llamado Rolan y hubo de comparecer ante el capitán de policía, al que Blanca trataba de obligar a ponerse de su parte, ayudándola a poner al chofer en la calle. Pero el policía era hombre íntegro, y enterado de todos los detalles de la querella, encontró que la señorita Franklyn no tenía razón y que por lo tanto, el supuesto vagabundo debía continuar en la casa hasta que lo despidiese una persona de verdadera autoridad en ella: la madre o el padre.

Lo que no dijo a Blanca el capitán de policía fué que las facciones de Rolan no le eran desconocidas, que las había visto en alguna parte...



Blanca se apeó...

V

Cuando llegó el señor Franklyn, le faltó tiempo a Blanca para ponerlo en antecedentes de lo que ocurría. Naturalmente, el escándalo que se armó fué mayúsculo. No era la primera vez que su esposa, guiada por su buen corazón, introducía en la casa personajes nada recomendables, y el señor Franklyn, hombre de negocios, hombre práctico que desdeñaba los sentimentalismos, quiso poner fin a tales debilidades, despidiendo en el acto al intruso.

Pero la suerte favorecía a Rolan. Al limpiar el coche grande, que el señor Franklyn utilizaba para

sus paseos por la ciudad y sus cortos viajes de "negocios", había encontrado una pequeña polvora, caída sin duda de un monedero de señora. Creyó que sería de alguna de las damas de la casa, pero Luisita le dijo que no pertenecía a su madre, ni a su hermana, ni a ella. Y Rolan comprendió.

Por eso, cuando el señor Franklyn se presentó ante él hablando alto y accionando mucho, no tuvo más que enseñarle aquel objeto diminuto y frágil para que el hombre de negocios trocarse sus bruscos ademanes por un gesto de sorpresa primero, por unas risitas de conejo después. Sus devaneos estaban descubiertos. Lo más práctico era conservar a Rolan a su servicio, asegurándose así su silencio y su complicidad.

Y así fué como el humilde vagabundo se quedó de chofer en la mansión de los Franklyn con carácter definitivo.

Blanca no tuvo más remedio que transigir. A decir verdad, muy complacida en el fondo, aunque ni ella misma quisiese reconocerlo. Su amor propio había sufrido un rudo golpe, era cierto, pero... No se atrevía a confesárselo, y sin embar-

go, su corazón se lo decía bien claro: empezaba a sentirse enamorada de José Rolan. Era éste el tipo de hombre con que siempre había soñado; un hombre que no se parecía en lo más mínimo a los dos tipos que predominaban en su ambiente: el deportista y el "pollo bien". Siempre correcto, siempre limpio, siempre con la sonrisa en los labios. Y luego, aquella manera que tenía de mirarla, sin olvidar por eso el respeto que le debía...

Llegó un fiesta de fin de semana en casa de los Franklyn. Mucha animación, muchas luces, muchos invitados... Salieron del arca de caudales, oculta en la pared de la sala del piso bajo, las joyas más hermosas de la señora Franklyn, entre ellas el famoso collar de perlas de que se hablaba en la ciudad y en los alrededores con frases de encino y entusiasmo.

Los invitados fueron llegando. Eran todos antiguos amigos de la familia, banqueros de Wall Street con sus esposas, poderosos industriales; la aristocracia neoyorquina, en suma. Había, sin embargo, dos caras nuevas: las del conde y la condesa de Valeski, de quienes sólo se sabía que hacía poco tiempo habían llegado de Europa. Se les



Había, sin embargo, dos caras nuevas...

había visto en algunos salones de gente "bien", y eso bastaba para que la señora Franklyn, deseosa de presentar en todas sus fiestas las "últimas novedades", hubiese hecho lo imposible para traerlos a su casa.

¡Nunca lo hubiera hecho! El supuesto conde y la supuesta condesa eran una pareja de ladrones internacionales, que habían llegado hasta allí atraídos por el sueño tentador del collar de la señora Franklyn. Nadie podría sospecharlo. Ella, muy elegante, muy llamativa; él, en perfecto "gentleman", se les tomaría por dos nobles auténticos en viaje de placer por los Estados Unidos.

Aquella noche tuvo lugar la primera "soirée". Las mujeres ostentaron sus "toilettes" más reducidas de tela; los hombres, sus fracs impeccables. Una música frívola y ligera desgranaba sus notas en el salón. Los señores de Franklyn y su hija Blanca hacían los honores.

Luisita se había quedado fuera, obstruído el acceso al salón por la barrera de sus pocos años. Debía contentarse con mirar desde el jardín como pasaban bailando las parejas por delante de la puerta; pero aquel espectáculo no le interesaba, y

como no era cosa de aburrirse, meditó una travesura.

Ya ideado su plan, se vistió un elegante traje de "soirée" de su madre, y así ataviada se fué a buscar a José Rolan, obligándole, a pesar de sus protestas, a colocarse un traje de frac de su hermano, con el cual, dicho sea de paso, estaba el joven chofer sencillamente encantador.

—Ahora—dijo la muchacha—vamos a representar en el jardín una escena de amor a la luz de la luna. ¡Como Romeo y Julieta!

Y así fué. Rolan se portó como artista consumado, y ya entrado de lleno en su papel, declamó, accionó, cantó... Con tanto arte y tan olvidado de la fiesta que se desarrollaba a pocos pasos de él, que hubo de llamar la atención de la condesa de Valeski, la cual salió al jardín, más impresionada, sin duda, por la juventud del actor improvisado, que por su voz. Lo vió vestido de frac y creyó de buena fe que era un invitado que había salido al jardín a conjugar el verbo amar.

—Tiene usted que repetir ahora mismo esa canción delante de todos los invitados—le dijo.

—Pero, señora condesa... yo...



...declamó, accionó, cantó...

—Nada de timideces. Aquí estamos casi como en familia.

Y la dama, colgándose de su brazo, lo fué empujando suavemente hasta el salón, sin hacer caso de las explicaciones que el muchacho quería darle a toda costa.

VI

¿Qué fué lo que pasó por el alma de Blanca cuando vió entrar a José en el salón, del brazo de la condesa? ¿Fué despecho por verlo de pronto elevado, en apariencia al menos, a su categoría? ¿Fué el diablillo de los celos?

Inútil tratar de penetrar en el arcano de un alma femenina. Lo cierto es que Blanca no dijo nada y José cantó admirablemente, recibiendo el aplauso de todos los invitados. Después lo rodearon por completo las muchachas, y cada una procuraba acapararlo para sí. Fué entonces cuando Blanca hizo una seña a Manuel, el mayordomo, que allí se encontraba, y ante la estupefacción de

los presentes, éste avanzó hasta el grupo de señoritas que tenía en su centro al chofer, y apartando un poco a las damiselas dijo de modo que todos pudieran oírle:

—José, manda la señora que me ayude usted a servir los refrescos.

José Rolan se sintió en ridículo, comprendió que era el blanco de todas las miradas, pero no lo dió a entender. Saludó a sus admiradoras con una ligera inclinación de cabeza y pasó entre ellas para cumplimentar la orden de su señora.

Apenas hubo salido, la condesa se acercó a Blanca y le preguntó:

—¿Quiere usted explicarme qué significa esto?

—Es muy sencillo. José es nuestro chofer.

—¿Su... chofer?

—Sí, señora.

—¡Oh, qué vergüenza! ¡Y yo que lo había tomado por uno de los invitados!

La condesa fué a ocultar su terrible vergüenza a un rincón del salón. Allí se le acercó el conde, su compañero de aventuras al margen de la ley, y le preguntó:

—¿Te interesa mucho ese chofer?

—¿Y si así fuese?

—Tendría que recordarte que estamos aquí para asuntos del negocio. El collar de la señora Franklyn nos espera.

—Pierde cuidado. No será obstáculo a que ese collar esté en nuestro poder esta noche.

—Eso es lo que deseo. Y mañana seremos casi ricos.

Cuando terminó la "soirée", algunos de los invitados subieron a sus autos y emprendieron el regreso a la ciudad; otros se quedaron allí, pues la mansión de los Franklyn tenía habitaciones sobrantes. Entre estos últimos estaban el falso conde y la no menos falsa condesa, en cuyos planes entraba, como primera medida, el hacer noche en la casa.

Se apagaron las luces del salón, y cada mochuelo se retiró a su olivo. Los únicos que se acostaron en seguida fueron los señores Franklyn y su hija Luisita. Blanca se sentó al piano y se puso a tocar la canción que poco antes había cantado Rolan en el salón. Había dejado su cuarto en una obscuridad casi completa; sólo un rayo de luna se filtraba por la rendija de la ventana entreabierta.

Velaban también, en la habitación que les habían destinado, los falsos condes, esperando el momento propicio para dar el golpe.

Velaba José, pensando en Blanca, la mujer soñada. Y el sonido de un timbre le volvió bruscamente a la realidad. Era el timbre de las habitaciones de la hija mayor de los Franklyn. Subió. Entró.

—¿Llamaba la señorita?

—Sí, José. ¿Quiere usted encender la luz?

—Con mucho gusto, señorita.

La luz estaba situada al lado del piano, por lo cual el chofer tuvo que aproximarse mucho a su señorita. Cumplida la orden, él hizo ademán de retirarse, pero ella lo detuvo.

—Oiga, José...

—Usted me manda.

—¿Querría usted volver a cantar la canción que cantó esta noche en la fiesta... pero sólo para mí?

Se miraron y se comprendieron. El amor hizo el resto. Mediada la canción, las bocas de los dos se buscaban para besarse.

Aquello era la poesía. A su lado, la prosa bus-

caba también las sombras de la noche. En el jardín se deslizaba un hombre hasta la ventana de la sala donde se hallaba el arca de caudales que guardaba las joyas de la señora Franklyn. Era el cómplice del falso conde, que, de acuerdo con éste, buscaba el acceso a la casa, preparado ya de antemano por su compinche. Andaba sigilosamente, pero no tanto que Rolan no se diese cuenta de su presencia, al salir de las habitaciones de Blanca. Corrió entonces a la sala y se escondió. Ya era tiempo. El hombre entró por la ventana, se dirigió a la caja de caudales y la abrió con mano segura, como si conociese la combinación.

Cayó Rolan sobre él y de un certero golpe lo dejó sin conocimiento. Entonces se vistió con sus ropas y se acercó a la caja de caudales, sospechando, no sin fundamento, que aquel hombre tuviese un cómplice dentro de la casa.

No tuvo que esperar mucho. El falso conde se presentó, andando de puntillas y con un revólver en la mano, y tomando a José por su cómplice, le preguntó:

—¿Está ya?

Rolan se volvió, y al momento se entabló una

lucha sorda entre los dos hombres. Cayeron ambos al suelo fuertemente abrazados, y al caer se disparó el revólver del aventurero, despertando a todos los de la casa.

Nadie se atrevía a entrar en la sala, y hasta ellos, reunidos a la puerta, llegaba el rumor de la pelea, los ruidos de las sillas y de los muebles al caer, empujados por los dos contendientes.

Por fortuna, la policía, avisada poco antes por Blanca, que también había visto al hombre del jardín, llegó en aquellos momentos, mandada por el capitán que había recibido, días atrás, la acusación de Blanca contra Rolan.

José fué detenido, pero ante la estupefacción de todos los que allí se habían congregado, dijo tranquilamente, señalando al conde:

—A quien tienen que detener es al señor... y a la señora también—añadió, viendo allí a la condesa—; son dos pájaros de cuenta.

—Pero, ¿quién es usted?

—José Rolan... inspector de la policía secreta. Hace ya varios meses que ando tras la pista de estos pájaros, y he tenido necesidad de represen-

tar la comedia del vagabundo y el chofer para cogerlos "in fraganti".

Y mostró su documentación, que confirmó sus palabras.

Los falsos condes fueron a terminar en la cárcel su condado imaginario, y Blanca no tuvo que pasar la violencia de casarse con un chofer de su casa, ya que sería la esposa de una de las primeras figuras de la policía.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1



Pida usted estos números publicados:

El vals de moda

Film sonoro GAUMONT

Siete caras

Film sonoro FOX

Inmortalidad

Opereta cinematográfica

Próximo número:

El gran asunto

Redención

por John Gilbert, Renée Adorée, Eleanor Boardman,
Conrad Nagel, etc.



Gran éxito de esta nueva publicación

NOVELA TEATRAL

Novelación de las más famosas obras teatrales

Números publicados:

El proceso de Mary Dugan
(Bayar Weiller)

LA MADRE, (Santiago Rusiñol)

La florista de la Rambla
(Alfonso Roure)

Shanghai, (John Colton)

Próximo número:

El alcalde de Zalamea
(Pedro Calderón de la Barca)

Este mes:

Don Juan Tenorio (en novela)

¡Novedad insuperable!

Lujosa presentación

Precio: 30 cts.

Ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

Egoísmo
La máscara del diablo
El pan nuestro de cada día
Vieja hidalgua
Posesión
Tentación
La pecadora
El beso
Ella se va a la guerra
Los hijos de nadie
El pescador de perlas
Santa Isabel de Ceres
Las dos huérfanas
La Canción de la Estepa (agotándose)
El precio de un beso

Acaba de aparecer:

LA RAPSODIA DEL RECUERDO
por Lois Moran y Joe Wagstaff

Esta semana:

DELIKATESSEN
Delicioso asunto

En breve:

DEL MISMO BARRO

PRÓXIMAMENTE:

Con motivo del número 500 de **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA**, grandes novedades.

Formidable éxito de

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece con gran éxito todos los sábados

48 páginas de amena y sana literatura

Postal-regalo en bicolor

Precio: **30 céntimos**

2 GRANDES
ÉXITOS:

La Novela Adán-La Novela Eva

Publicaciones semanales de asuntos frívolos

Sugestivas portadas en color
e ilustraciones en el texto

Precio: **30 céntimos**

E. B.